

La crisis del coronavirus nos ha afectado como a todos, pero no de forma dramática. No tuvimos ningún contagio, aunque dos hermanas pasaron unos días confinadas por precaución. Las consecuencias económicas son limitadas. El impacto más significativo lo sentimos a nivel litúrgico, en particular la vivencia de la Eucaristía y también a nivel del acompañamiento de nuestras hermanas que están en residencias.

La experiencia del confinamiento en los Países Bajos se basa en una cierta libertad y responsabilidad individual. Como el grupo de riesgo en nuestra comunidad es bastante grande, decidimos seguir los estándares de manera bastante estricta y cerramos la Iglesia, la hospedería y la tienda. Los obispos han establecido normas bastante estrictas, incluida la prohibición de distribuir la Comunión. Además, nuestros capellanes habituales proceden de una residencia de religiosos que estaba cerrada. Como consecuencia, no pudimos celebrar la Eucaristía durante casi 2 meses. Los domingos la seguimos por televisión. Durante la semana solo celebramos el Oficio Divino. Desde finales de junio, celebramos la Eucaristía los domingos y solemnidades. Esto nos motivó a emprender un camino de reflexión sobre la vivencia de la Eucaristía y sobre la celebración de la Eucaristía diaria. Tenemos un programa de formación y diálogo en torno a este tema para los próximos meses.

En comunidad hemos vivimos esta situación como un tiempo de renovación. El ritmo se hizo más lento y la ausencia de visitas y voluntarios tuvo un impacto directo en el ambiente de la comunidad. Había una conciencia real de que todos estos contactos, por importantes que fueran, tenían un gran impacto en nuestra vida monástica y comunitaria. Por eso dialogamos sobre este tema y hemos adaptado nuestra forma de acoger.

Sin duda, nuestras hermanas de la residencia fueron las que más sufrieron la situación. Se les prohibieron las visitas y no todas pudieron mantener contacto telefónico. La situación también fue difícil de explicar. Además, una casa de religiosas que está cerca de nosotras, eventualmente cerrará, pero algunas hermanas se acababan de mudar antes del inicio de la crisis y una de ellas no pudo trasladarse en la fecha prevista. Esto ha creado aún más inseguridad en este momento difícil. Una de estas hermanas murió durante este tiempo, pero no por el Covid. Las restricciones no facilitaron las etapas previas a la muerte.

Naturalmente, el cierre de la tienda y de la hospedería, han tenido consecuencias económicas directas. Sin embargo, el cementerio ecológico inaugurado el pasado mes de septiembre, ya está apoyando positivamente nuestra economía. Si al comienzo de la crisis teníamos muy pocas solicitudes porque la cremación parecía responder mejor a la situación de crisis, luego vimos aumentar muy rápidamente la demanda porque, ante la posibilidad de la enfermedad y la muerte, muchos quisieron reglamentar previamente su elección alternativa de un sepulcro en una reserva natural.

A lo largo de este período, que también fue angustioso para algunas de nosotras, a veces vivimos muy de cerca situaciones difíciles en la familia, amigos y comunidades religiosas. Nuestra incapacidad para prestar ayuda directa, nos ha obligado a volver a centrarnos en la importancia de nuestra presencia por medio de la oración. Nuestros Oficios llevan mucho tiempo transmitiéndose por Internet, pero durante este tiempo difícil para muchos, se ha intensificado. Ésta habrá sido nuestra pequeña contribución en esta crisis que ha causado mucho sufrimiento y ha planteado muchas preguntas.